

Entre la rebelión de las diosas y la revelación erótica

"En lugar de una hermenéutica, necesitamos una erótica del arte."

Susan Sontag

Contra la interpretación y otros ensayos

Me muevo en la galería mientras hago un paneo visual de todas las diosas que se me revelan, representadas en diversas composiciones textiles de Valeria Franco.

Mi mirada se hace súbdita de la diosa minóica de las serpientes. A sus pies, un altar ocupa una de las esquinas de la sala, con diosas de distintos tamaños y estilos, velas, semillas y flores. La luz tenue da profundidad a los pliegues del contorno de su cuerpo. Me cautivan los detalles de encaje en la pollera. Me dejo absorber por las curvas de sus brazos sosteniendo serpientes. Doy un paseo por el suave contorno de puntadas superpuestas sobre una tela de sutil transparencia.

Susan Sontag invita a elevar la forma por sobre el significado, a sacarle el peso interpretativo al arte y volverlo hacia lo sensitivo: las sensaciones, las texturas, la forma. Sin embargo, tampoco cree posible recuperar una instancia previa a la interpretación:

"Ninguno de nosotros podrá recuperar jamás aquella inocencia anterior a toda teoría, cuando el arte no se veía obligado a justificarse, cuando no se preguntaba a la obra de arte qué decía, pues se sabía (o se creía saber) qué hacía." (p. 17)

Observo a la diosa minóica durante varios minutos, intentando descifrar un enigma inexistente, como un juego previo entre mis percepciones y la intelectualización. Creo y habito un espacio entre el significado y el significante, con las ideas de la artista presentes con una gravedad espectral, abiertas al movimiento creativo.

Barthes, en *El placer del texto* alude a un momento erótico creativo que ocurre entre el texto y el lector: "Lo que ocurre, aquello que se va, la fisura de los dos bordes, el intersticio del goce, se produce en el volumen de los lenguajes..." (p. 23)

Yo lo describo como un lugar liminal entre la obra y yo. O más bien, una multiplicidad de espacios liminales que emanan continuamente dando volumen al vínculo.

Sigo mi recorrido por la galería Exaedro. Diosas de distintos tamaños y formas dispuestas en las paredes, cargan el aire con una densidad ancestral que resulta calmante. Ixsxhek, diosa maya. Inanna, amante y guerrera. Mae oxum, orixá africana. Matrika. Artemisa de Éfeso. Ashnuwerita.

«No venimos a dominar, venimos a recordar» se escucha en el audio del video que acompaña la exposición, relatado por la misma artista. Hay quienes rechazan la memoria vinculada al arte, como si existiera algún tipo de expresión libre de memoria y olvido. En el caso la exposición *La rebelión de las diosas* la carga histórica no solo es ineludible, sino que atraviesa cada material y cada hilo seleccionado por la autora. Sin embargo, la forma de cada obra supera la conceptualización teórica. Encajes, hilos, retazos, manteles, arpillera, apliques, ñanduti, bordado, croquet. Los textiles también se rebelan, hartos de pertenecer solo a la utilidad del quehacer doméstico o decorativo.

Llego a una diosa bordó, formada por movimientos asimétricos de una sola tela. Lleva una corona de apliques brillantes, sobre un rostro circular cuyo centro es una flor. Se trata de Quan Yim, leo en la descripción al lado de la obra, es la encarnación de la compasión infinita y sigue siendo venerada en Asia y en comunidades budistas globales. Me pierdo en el juego de las curvas suaves y la luz amarilla. Quiero palpar la textura. Me cuesta reprimir el impulso de tocarla. Tomo consciencia de cómo la prohibición de no tocar la obra propicia en mí un fuerte deseo de transgresión y, aunque no cometo la acción, experimento cierto goce.

Para Bataille, estos dos elementos (prohibición y transgresión) son fundamentales para que se produzca el erotismo. Compara la experiencia interior lúcida del erotismo y de la religión mencionando como elemento común un “juego de contrapeso entre lo prohibido y la transgresión, juego que ordena la posibilidad de ambos.” (p. 25)

Se me eriza la piel. Camino para espabilar. Llego hasta una escena dramática: Deméter rescatando a su hija Perséfone, raptada por Hades. En la esquina superior derecha sobresale un círculo compuesto por otros círculos concéntricos de telas ocre, marrón y verde. Puntadas a mano alzada rodean la escena del rescate, como pasos imprecisos pero certeros. «La rebelión de la madre» figura como nombre en el texto descriptivo.

Siguiendo a Bataille, el erotismo aparece cuando una prohibición, un límite o un orden es puesto en juego y atravesado. En este caso, la artista no eligió el rapto de Perséfone, sino su rescate: una diferencia que habla por sí sola. El rapto también implicaría una transgresión, pero la escena quedaría absorbida por la violencia y la reduciría a la literalidad del acto. En cambio, el rescate desplaza el centro hacia la restitución del vínculo entre madre e hija.

Me muevo sin tener claro a dónde. Tomo consciencia de que hice una interpretación del contenido de la representación de Perséfone, antes de contemplarla desde la forma. Me atraviesa un soplo de angustia: ¿le habré fallado a Susan? Creo que no, porque en el juego interpretativo pude sentir la caricia erótica del concepto de justicia.

«Hablamos porque el silencio no es sagrado cuando se alía con la injusticia», es otra de las frases que se escucha en el manifiesto de las diosas. La narrativa como hilo conductor va tejiendo ideas a través de todo mi cuerpo.

Al pasar de una diosa a otra, voy tejiendo mi experiencia. Elijo moverme por intuición, imaginando que son ellas las que me eligen, que cada una es una puntada que borda mi experiencia. Me paro ante una de las piezas de mayor tamaño. Un marco de tul envuelve a tres mujeres que observan hacia distintas direcciones: son Hécate. La cintura de la figura que mira al frente está atravesada por puntadas fruncidas que forman un cinturón ocre. Leo el cuadro explicativo: «Triple: cielo, tierra, inframundo. Diosa de umbrales». Debajo de la composición, hay letras bordadas manualmente: «señora de las encrucijadas», sobre caracteres de un idioma que no logro identificar. De tanto observarla, se me nubla la vista. Las líneas de cada letra se atomizan y se transforman en otras, que salen de la obra y quedan entre ella y yo, suspendidas.

Lo que es, es
Lo que no es, no es

En uno de sus poemas, Parménides, considerado el primero en preguntarse por el *ser* a nivel filosófico, presenta esta verdad como revelada por una diosa. No menciona el nombre, pero se cree que es Hécate.

La rodea una tela translúcida, que juega con el volumen y la luz generando un movimiento estático, del cual me siento parte. Me pregunto cuántos minutos llevo observándola. La duda da lugar a una estatua de Parménides que aparece sobre las letras bordadas en el aire, gira alrededor de Hécate y es consumido por los rostros difusos de la diosa.

En este delirio al que me induce, la figura de Parménides aparece con toda una tradición filosófica que también dejó mujeres fuera del relato. Y ante la rebelión de las diosas, no puedo evitar preguntarme: ¿Dónde está Aspasia de Mileto?, a quien el mismo Sócrates llama maestra, según escribe Platón en el diálogo Menéxeno. ¿Dónde quedó la matemática neoplatónica Hipatia de Alejandría? ¿O Diotima de Mantinea? ¿Y todas las demás? ¿Por qué no aparecen en los manuales de filosofía? El sentido de justicia da color al espesor del tejido conectivo que me une a las obras.

La rebelión de las diosas me permitió descubrir que la erótica está ligada al ejercicio de la libertad de creación de la propia experiencia. Desborda los límites: no excluye la interpretación, sino que la expande. La explicación inmediata corre el riesgo de ser pornográfica en su explicitud; la erótica implica un proceso de descubrimiento de la obra y con la obra.

Termino mi recorrido con Amaterasu, diosa sintoísta del sol. Telas suaves con imágenes de dos mujeres mirando para abajo, mientras dos hombres la observan. El fino encaje que rodea la composición se amplía y me envuelve. Imagino que sus cabezas se multiplican y gravitan en torno a la mía. Me dejo poseer por la creencia animista del Sintoísmo: todas las cosas tienen alma; no como elemento de trascendencia, sino como esencia común de todo lo que existe.

La erótica no se cierra a una forma determinada de conocer la obra, sino que se produce en el vínculo activo que acontece. En términos prácticos, en esa relación coexisten tres niveles: la materialidad de la obra, la promesa de significado y las sensaciones. El erotismo aparece cuando ninguna de las partes somete a las otras.

Rreferencia

Sontag, S. (1984). Contra la interpretación y otros ensayos (H. Vázquez Rial, Trad.). Seix Barral.

Barthes, R. (1993). El placer del texto. Lección inaugural (N. Rosa y O. Terán, Trans.). Siglo XXI Editores.